

vegetales, siete actitudes humanas

El mundo vegetal tiene características comunes al humano, podemos aprender a leer y traducir las imágenes de la Naturaleza con claridad mental y no como una ociosa veleidat abstracta. Este aprendizaje es de gran valor para nuestra evolución personal.

El pensamiento ecologista es aquél que, por doquier en el ámbito de la vida, comprueba que todo se relaciona con todo. Esta forma de aproximarnos a la realidad nos acarrea inevitablemente complicaciones, y cualquier análisis detallado que se intente hacer tendría dimensiones descomunales. El siguiente texto ha de tomarse como un conjunto de breves apuntes y está escrito con el fin de mover a la contemplación, a la reflexión.

Existe una estrecha conexión entre el crecimiento vegetal y el modo en que el ser humano enfoca la vida. La corriente genética de cada especie vegetal se podría ver análoga a lo que la persona tiene de eterna e inmutable. Otra cosa es la forma de la planta, cómo se ha desarrollado ese ejemplar que tenemos delante, cómo ha incorporado, procedente del ambiente, la materia y la energía. Análogamente, la persona sale al encuentro del mundo, lo siente, lo percibe y construye su propia forma en función de su cambiante relación con el ambiente; elabora esta «materia» y la moldea, reforma el mundo que percibe en torno suyo, aspirando a superar lo mudable, lo temporal, a reducir los fenómenos a leyes, a apartar lo accidental para que se ponga de manifiesto lo eterno, la esencia, el origen, la personalidad absoluta de las personas, portadoras de leyes eternas.

En la planta distinguimos dos impulsos: el vertical y el horizontal. En el ser humano observamos el apremio a erguirse en el mundo co-

mo entidad autónoma, y por otro lado a entregarse al mundo y elaborarlo hasta convertirlo en posesión propia. Nuestra horizontalidad: cuanto más multipliquemos la receptividad, cuantos más planos diferentes ofrezcamos a la impresión de los fenómenos, tanta mayor cantidad de mundo aprehenderemos y germinará en nuestro seno. Nuestra verticalidad: cuanto más fuerte y honda sea nuestra personalidad, cuanto más libre se haga nuestra razón, tanto más mundo comprenderemos, tanta mayor cantidad de formas crearemos fuera de nosotros mismos. Con ambas cualidades reunidas —la riqueza de existencia, y la independencia y la libertad—, lejos de perdernos en el mundo, asumiremos en nosotros mismos al mundo entero, con su infinidad de fenómenos diferentes, y lo subordinaremos a la unidad de nuestra razón. Estas cosas nos las señala el mundo vegetal.

¿Qué ocurre en la esfera del movimiento, en la cuarta dimensión? En las plantas está fijada: sus sucesivos crecimientos se han consolidado, como en una serie de fotografías. En las plantas, las leyes evolutivas salen a nuestro encuentro en forma de poderosos ritmos, de manifestaciones melódicas. Ahí topamos con la Armonía de las Esferas de que se hablaba en la Antigüedad.

Hay métodos para avanzar sin desfiguraciones por las regiones de ese nivel superior inmediato al de la realidad espacial, que es el nivel de las formas. Son métodos emparentados

con los que se aplican en el ámbito del arte: el continuo vaivén y la constante comparación de las diferentes partes entre sí. De este modo podremos llegar a la visión integral.

Observar las plantas nos servirá para distinguir las diferentes formas que se dan en el reino humano, en cuya vida interior todo fluye y se entrecruza, y a primera vista carece de forma precisa. No es difícil concluir que ambos reinos se ven

tical, es verde y cumple la función de las hojas, esos órganos típicamente periféricos que aquí han quedado reducidos a espinas. El tallo es blando y nunca se endurecerá; su crecimiento no se detiene, fluye siempre hacia delante. Sus procesos vitales quedan fuertemente retenidos a medio camino; evita el contacto con el ambiente creciendo en anchura, se hincha (las formas esférica y cilíndrica son las de mínima superficie) y convierte sus hojas

ganos que habitualmente establecen contacto con el medio —«lo periférico»— se han interiorizado, refugiado en lo vertical, y le confieren la potencia germinativa que en otras plantas se encuentra en las partes secas y contraídas: un trozo de tallo se conserva durante mucho tiempo apto para la propagación; de hecho todas las partes de la planta poseen gran capacidad germinativa.

Las plantas crasas son capaces de absorber gran cantidad de agua en los breves períodos de aguaceros, extendiendo rápidamente sus raíces hacia la periferia. Y retienen el agua durante los largos meses de sequía. Crecen un poco, y de repente... florecen, abundantemente, volcándose del todo al ambiente, con gran riqueza de sépalos, pétalos y estambres —periféricos—, emitiendo fragancias, colores radiantes; y cual delicioso regalo ofrecen después un fruto a menudo dulce y pulposo, con escasa semilla, que también in-



sometidos a las mismas influencias ambientales, por lejos de donde vengan, por cósmicas que sean.

Las plantas crasas

La mayoría de estas plantas crecen en regiones o lugares desérticos, áridos, donde la luz deslumbra y el calor abrasa. Imaginemos un cacto. Su aspecto no es precisamente atractivo: el tallo, donde debería manifestarse lo ver-

en espinas, con lo cual evita la posibilidad de secarse; sitúa en el tallo, hidratado y mucilaginoso, la actividad foliar. Por la noche no exhala el dióxido de carbono propio de la respiración sino que lo ahorra, lo almacena en forma de ácidos. Después de las lluvias, mientras mil plantas estallan, él sigue en su lermo, reservado y ensimismado crecimiento. Parece que no quisiera desplegarse o evolucionar haciendo crecer un órgano vegetal tras otro. Siempre intenta formar un mundo aparte, aislado, independiente del medio. Los ór-

dica incapacidad para el endurecimiento, incapacidad vertical.

Las plantas parcial o totalmente carnosas —como las de la familia de las crasuláceas— pertenecen a este tipo, que asimismo se encuentra atenuado en las hierbas y arbustos capaces de invernar con las hojas verdes: las que pretenden conservar su juventud.

Las personas que llevan lo periférico dentro de lo vertical, se caracterizan por depender del mundo exterior y por no tener anclada aún su conciencia en los estratos profundos de su ser. Su empuje hacia el desarrollo es débil, y lo que admiten apenas lo elaboran. Les domina el impulso de adaptarse al máximo al ambiente, de apropiárselo y conservarlo con el máximo esmero. Aceptan lo que del mundo sale a su encuentro, tal cual es, pero no imponen su sello personal en sus acciones posteriores. Se preocupan por la buena marcha cotidiana propia y de los suyos, y sólo esto les merece un esfuerzo —aquí va incluido el comer, el vestir y la salud—. Evitan las dificultades y simpatizan con lo que les sirve. Su pensar no es productivo, aunque pueden reproducir muy fielmente el pensar ajeno,



Las crasas intentan formar un mundo aislado, independiente del medio.

aparentando una vida interior rica... que no es más que palabrería.

El niño, con la personalidad aún sin manifestar y su cuerpo en modelación, toma muy en serio a los adultos. Y acepta con devoción su experiencia y ejemplo. Las personas que no han superado esta etapa no renuncian a dejar esa juventud, impiden su libre interacción con el mundo, concentran su interés en sus procesos biológicos o quieren ser exactamente como sus vecinos, no profundizan en su interior y para ellos el progreso es aumentar el patrimonio: aumentar de peso cual niños.

Una labor mecánica, repetitiva, sin aspirar en cada instante al encuentro con lo más sublime, desarrollará en nosotros mucha vitalidad, salud y tesón, incluso en las condiciones más adversas, pero desorbitarse en estas labores resulta fatal. La «moda» es un ejemplo, y un fanatismo especialmente peligroso aparece cuando las energías imitativas se instalan en los grandes movimientos de masas.

El lado positivo: la mejor base para hacer prosperar un proyecto, para lograr los mejores resultados, es la perseverancia del trabajo cotidiano. La alimentación interior humana necesita un cuidado minucioso, y sólo perseverar en ejercicios sencillos fundamentará un potente crecimiento de la vida interior, que un día estallará en una brillante floración. Para llegar a la «Tierra Prometida» hay que pasar antes por los desiertos.

Trepadoras

En las húmedas y calurosas selvas tropicales existen enredaderas gigantescas llamadas bejucos o lianas. Los árboles las suben con ellos mientras crecen, y llegan a distanciar cientos de metros sus flores de sus raíces. Las enredaderas de nuestros bosques son menores, y también crecen entre los arbustos y los cultivos —algunas son los mismos cultivos: judías, lúpulo...—, y de la misma forma predomina en ellas lo periférico sobre lo vertical: son plantas que se inclinan a integrarse con el ambiente, a producir mucha superficie.

El tallo crece en longitud con inusitada viveza y movilidad. Al revés que otras plantas, al brotar estira antes el tallo y luego despliega las hojas. Posee una percepción especial para detectar la presencia de cualquier apoyo, en el que se enreda. En comparación con otros tipos de plantas, su tallo apenas aumenta de gro-

sor, los nudos donde se insertan las hojas están muy espaciados, y éstas pueden ser enormes. Se trata de un crecimiento sin centro: el centro lo ocupa la planta de apoyo, y además, el eje central del tallo es blando o no existe. El endurecimiento de las paredes del tallo es muy fuerte; y gracias al trenzado de su estructura celular, que es un prodigio de la ingeniería, logra la máxima extensión con el mínimo gasto de material. En su ascensión a la luz, es-



PIRELLI GAMBARDINO

tas plantas obtienen el máximo resultado con el mínimo de recursos. Por el interior de esos cables tropicales asciende una vigorosa corriente de agua hacia las calientes hojas. Ya en la luz, sobre las copas de los árboles, el crecimiento se detiene, y entre hojas suculentas estallan en flor.

También encontramos este tipo vegetal en las plantas rastreras, y en las de grandes hojas, propias de sombra y tierra fértil, con un desequilibrio entre el impulso de las superficies y el de la verticalidad, como el rui-barbo o muchas plantas tropicales.

La persona en concordancia con este tipo de planta se deja guiar por los sentidos, y lo inmutable de ella sólo sirve para abrir camino a éstos. Se halla orientada al ambiente, en el que trata de insertarse, y como el tallo antes de marchitarse sin haber encontrado apoyo, se pregunta hasta dónde llegará con esa adaptación. Trata de lograr en el mundo cuanto puede, explota para su propio beneficio sus experiencias habidas con el ambiente, y aprovecha la ventaja última de las situaciones —que ve superficialmente, sin intentar conectarlas con algún sentido más profundo—. Sus reacciones son también superficiales y rápidas, y su único anhelo es ascender, cueste lo que cueste, con cierto egoísmo. Por eso su productividad real es escasa.

El niño entre los siete y los catorce años, ya casi formado su cuerpo, emplea sus fuerzas en pensar, en aprender, memorizar, crear artísticamente, transformar con fantasía el ambiente en que juega. No acepta



La persona relacionada con las trepadoras se deja llevar por los sentidos.

ya cualquier influencia ambiental, sino que discrimina al ser humano a quien puede respetar con autoridad, que le diga lo que está bien y lo que no; quiere desplazarse e internarse en el mundo, con apoyo y dirección, para adquirir aptitudes. Las personas con restos de esta etapa, conquistan el mundo ante el asombro de todos, parecen autónomos pero en realidad se esfuerzan en cumplir lo que la autoridad indica. Logran mucho con pocos recursos.

Pero acatar al mundo tal cual conduce a la catástrofe, igual que conseguir los objetivos con el engaño, que sería una especie de agilidad descolante. Para aprender y ejercitarse en cada actividad, es necesario oír a los maestros, pero es peligroso estancarse en la facilidad técnica alcanzada, pues puede caerse en un virtuosismo hueco.

Cuando las relaciones humanas y la colaboración se deterioran, los problemas parecen insolubles y abruman; conviene recordar entonces que el éxito depende de la interacción recíproca correcta, que cada uno posee flaquezas pero también facultades positivas, y que en conjunto todos poseemos lo necesario, y sólo hace falta conectarlo todo bien. Es la actuación del buen mercader: recibir de quien le sobra para dar a quien le falta.

Alta montaña

El follaje es minúsculo. En cuanto han formado un tallito y unas hojitas, se despliega la flor, primorosa, refulgente, de magníficos colores, que asoma con timidez, relativamente más grande, más trabajada y de color más intenso que las de las llanuras. Todo ocurre con extrema rapidez, aprovechando el fugaz buen tiempo apto para la vida. También los arbustos, con su forma de almohadillas espesas de verde fresco, reviven y se cubren de florecillas tiernas.

En la alta montaña, la tierra influye poco en estas plantas, que se entregan pronto por entero a la luz indómita, al espacio celeste libre, a las influencias del cosmos. Lo vertical —el tallo— es muy escaso y débil, y lo periférico avanza rápidamente aunque se extiende poco, culminando su ímpetu con un resplandor supremo. Criadas ante la luz quedan pequeñas, y si encuentran me-



Las plantas de alta montaña se relacionan con personas influyentes por el mundo.

nos luz se hacen mayores. Las raíces de las plantas alpinas son grandes, al revés de lo que ocurre cuando la tierra es fértil, húmeda y sombreada.

Donde la energía celeste desciende a las regiones bajas, o en tierras delgadas y bien iluminadas, se encuentran otras plantas pertenecientes a este tipo. Forman escasas hojas y se lanzan tempranamente a florecer: el aciano, el lino, los claveles silvestres, las campánulas...

Son las personas que se dejan influir completamente por el mundo y seleccionan lo que justifique una suprema entrega, un volcarse una y otra vez en una sola gran pasión, con la urgencia de dedicarse a un ideal que les parece el más elevado y que les colma completamente. En él agotan las energías con las que habrían dado a su vida una forma según su personalidad. Estas personas toman mucho más en serio las ideas ajenas que las propias, y lo hacen con entusiasmo, acatamiento y veneración, con el anhelo de ofrendarse y consumirse en el fogonazo de una misión importante para ellas.

En el adolescente nace el interés, el amor por el mundo y la necesidad de comprenderlo y juzgarlo todo. Los amoríos y las

exaltaciones son una de las muchas facetas de la energía recién liberada, luego seguirá la entrega y la dedicación a lo único. Las personas que mantienen estos rasgos se han estancado antes de desplegar su personalidad o su pensar autónomo; viven en un mundo de violentas oscilaciones emocionales, de afectos y rechazos, más propios de la vida amorosa, y no poseen un centro interior, una actitud certera fruto de la propia elección.



La admiración enardecida y el entusiasmo por la belleza nos eleva sobre los rasgos de la vida cotidiana, pero puede derivar hacia ideales unilaterales, como el vegetarianismo o el pacifismo, y descuidarse el verdadero desarrollo integral por cerrazón, o puede llevar a desear vivir grandes emociones a toda costa mediante la creación de rumores sensacionalistas, enredos de los que la misma persona es culpable y que en el fondo disfruta con algo de masoquismo.

Lo positivo de este impulso: para buscar un punto culminante en la vida —sea la revela-

ción religiosa o la inspiración artística— hay que disponerse a la entrega total, a que el entusiasmo nos sobrecoja cual poderosa tempestad, a envolver en las llamas del fervor lo que puede descender de arriba, la más perfecta manifestación instantánea del espíritu.

Herbáceas

No se puede encontrar en otro lugar el radiante paisaje de un herbazal en primavera, todo crecimiento y eclosión, salud y armonía. Entre el verde de innumerables briznas de hierba aparecen alegres flores, muchas de las cuales siguen el movimiento del sol o se abren y se cierran cada una a su hora. Las estaciones tienen sus hierbas: las inocentes primaverales, las altaneras veraniegas, las ardientemente severas otoñales. Cada una contribuye con su sonido a la sinfonía orquestada por el sol.

Las hierbas prosperan especialmente en un ambiente equilibrado, con buena tierra, agua, aire y calor. En sus formas encontramos todos los atributos que adjudicaríamos al vegetal típico, y ningún órgano se halla más desarrollado que otro, domina el equilibrio entre lo vertical y lo periférico.

No sólo las plantas anuales pertenecen a este tipo, también las plurianuales —que poseen órganos más «terreos», de subsistencia— que emiten brotes año a año y no llegan a lignificarse.

El correspondiente tipo humano se distingue por el equilibrio entre lo inmutable y lo mutable de la persona, entre la propia esencia y el ambiente. Vive plenamente desarrollado y en floración, en medio de la comunidad social del herbazal. Es capaz de realizar el difícil trabajo de conciliar los mayores contrastes, convivir y llevar a cabo empeños comunes con gente muy distinta; se siente a sus anchas cuando puede dirigir su vida en concordancia con gran número de persona e ideas afines; goza compartiendo con sus congéneres la condición humana. Puede entregarse enteramente y a la vez guardar con tacto mucha reserva; es independiente y actúa según sus impulsos propios. No se impone notablemente ni desplaza a otros, está dispuesto a la mayor fraternidad y tolerancia, a participar en todo, con la fuerte voluntad de arrastrar a todo el mundo en su marcha triunfal.

Con la mayoría de edad, una vez formado el cuerpo, comienza la plenitud de la madurez humana, comienza a desplegarse y

emanciparse la entidad espiritual; la inclinación a tratar con otras personas es máxima. Este tipo se da muy rara vez, porque el regir con criterio propio la relación con el ambiente, el equilibrio espíritu-alma, es cosa que ha de conquistarse con esfuerzo.

Pero es fácil caer en reclamar la atención y el reconocimiento de todos en un afán exhibicionista de constituirse en centro, sin contribuir ni aceptar responsabilidades, corriendo el riesgo de incurrir en el orgullo y la soberbia.

La compasión no debiera entenderse sólo como acompañar los padecimientos el prójimo, sino hacerlo también en lo que el otro quiere o por lo que siente pasión. No supone un sufrir pasivo, sino participar en la voluntad ajena. Esta persona se interesa por todo germen por abrir en los demás, contribuye a que realicen el sentido de sus vidas, sondea o intuye su núcleo recóndito, y participa con plena fuerza y sabiduría en sus empeños, pese a que con frecuencia



En las plantas herbáceas ningún órgano se halla más desarrollado que otro.

pueden no ser conscientes de ello, y se alegra de las facultades ajenas, aunque sean superiores a las propias.

Las arbustivas

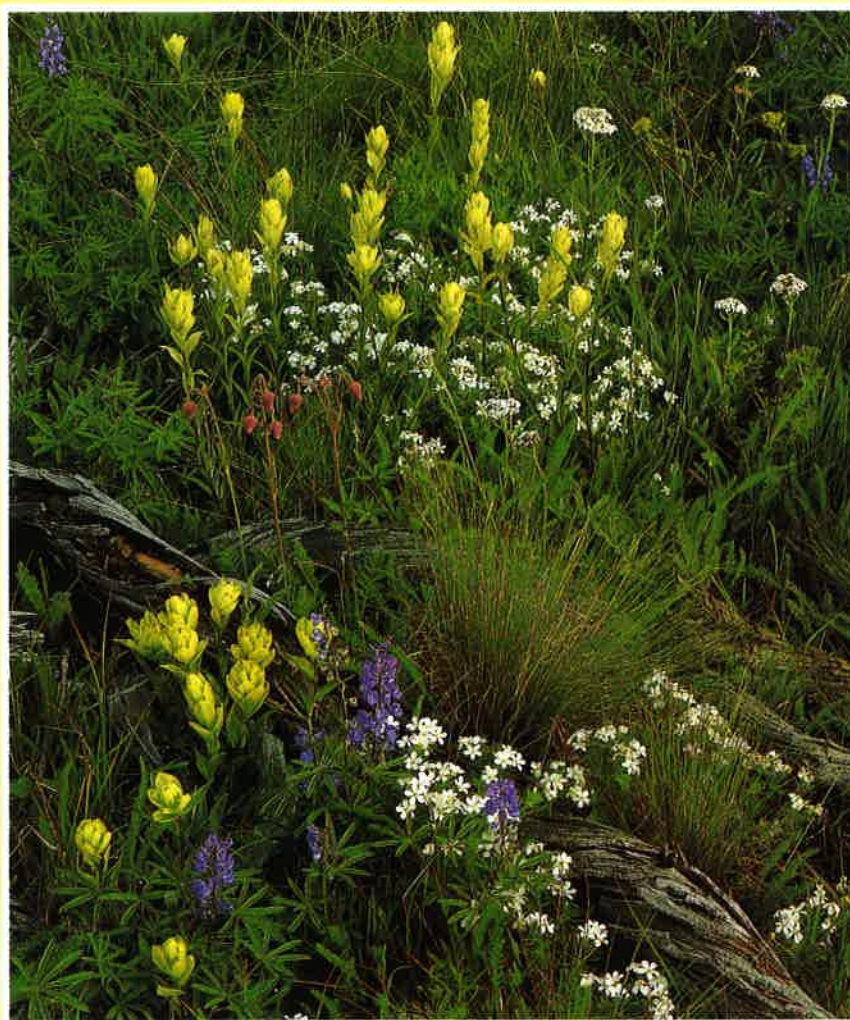
En las extensas llanuras de tierra seca, en los desiertos, las estepas, los secarrales, a plena luz y calor, estas plantas crecen enjutas, entrelazadas, frecuentemente espinosas y encrespadas, con ramas leñosas, a punto de secarse.

Ascenden tempestuosas de las profundidades, atrevidas, lanzándose al espacio sin freno, reverdeciendo antes que los árboles. El tallo inicial no permanecerá único y principal: pronto se dobla, se aleja del eje, no posee una yema terminal; y los renuevos —que proceden de las ramas más próximas al suelo, o directamente de éste, su parte más viva— le dominarán. Las ramas inferiores prescinden de las superiores, y tienen el mismo estilo de crecimiento que aquel tallo: todo vuelve a empezar de nuevo, rehusando apoyarse en lo construido el año anterior; ninguna rama quiere ser tronco principal, todas se desvían en todas direcciones; si hay algo de tronco, se compone de ramificaciones que se han sucedido.

Es la tendencia de lo vertical a situarse en un lugar en el espacio, a imponer su configuración sobre el ambiente mediante un crecimiento vigoroso, que luego, con el mismo empuje se relanza, arrojándose en un gran arco hacia los lados, a otra conquista, como si fuera la primera, apenas concluida ésta, dejándola mal perfilada, sin llevarla a feliz término. La imprevisión llega hasta el punto de que las inclemencias del tiempo debidas a lo avanzado de la

quien no sabe por qué, saca de ellas una plétora de flores. En efecto, en colaboración con la luz solar, los arbustos se adornan con flores de colores brillantes, y la jugosidad del proceso del crecimiento se vuelca, se sublima en cálidas y dulces bayas, suprema síntesis de color y agua, que en cascada cromática ofrendan a los pájaros.

Hay plantas que no presentan el peculiar aspecto de las zarzamoras, pero poseen caracteres parciales de este tipo: los árboles



estación, marchitarán los extremos aún tiernos. Tan pronto estas plantas se anotan el mínimo logro, se despojan por completo de su sustancia, la dejan abandonada a la tierra, se desvitalizan, sus ramas se vuelven quebradizas o se endurecen sus espinas. La espina es típica: es una hoja o un futuro tallo muy encogido, el principio vertical llevado hasta el extremo sobre lo periférico, hasta el punto de ser herida y aniquilación para el ambiente, con el que no se integra. Entonces la planta se vuelve al cosmos que, como por arte de magia para

frutales, que proceden de variedades silvestres con espinas y tienen una floración exuberante y frutos carnosos; o las plantas que acumulan reservas bajo tierra para crecer con rapidez al año siguiente. Por otra parte, en los bosques de regiones más húmedas y frías, los arbustos crecen más frágiles y con abundantes filigranas.

En estas personas lo vertical trasciende las propias metas, crece invadiendo el terreno ajeno. Ellas se polarizan hacia el mundo circundante, sin elaborar las apor-

taciones procedentes de éste; sustituyen la receptividad por la actividad. Su intervención es violenta, vehemente, vigorosa, una tempestuosa voluntad sin reserva, que no tiene en cuenta obstáculo alguno, que ha de lograr todo al primer intento, sin desarrollo gradual, aunque tales actos no estén en realidad suficientemente motivados o adaptados a las exigencias reales del medio. Producen cambios en el ambiente con el convencimiento de que sus ideas y proyectos son de tal importancia que han de ejecutarse, divulgarse, proyectarse inmediatamente en todas direcciones, como una misión a ejecutar; que han de realizarse en el mundo grandes reformas de las que depende todo su futuro. Pero son inconstantes: se desvían a otro proyecto, incluso opuesto al anterior. Su pensamiento penetra poco, porque pesa más su recia personalidad.

Desde temprana edad el ser humano tiende a acometer sus acciones con plena fuerza viril, pero hacia los cuarenta ha en-



Las personas relacionadas con las arbustivas son inconstantes, pero vigorosas.

tendido su tarea y se esfuerza en llevar sus planes contra viento y marea, con una fuerza interior que supera la influencia exterior.

Pero reformas e innovaciones pueden hacerse sin mirar las consecuencias, o ser motivadas sólo por el capricho de intervenir radicalmente, degenerando entonces en tiranía brutal y sed de conquistas, ocasionando innumerables víctimas, destruyendo el trabajo ajeno y el propio, influyendo en los demás mediante la sugestión, la demagogia, los lemas, avivando emociones y arrastrando voluntades.

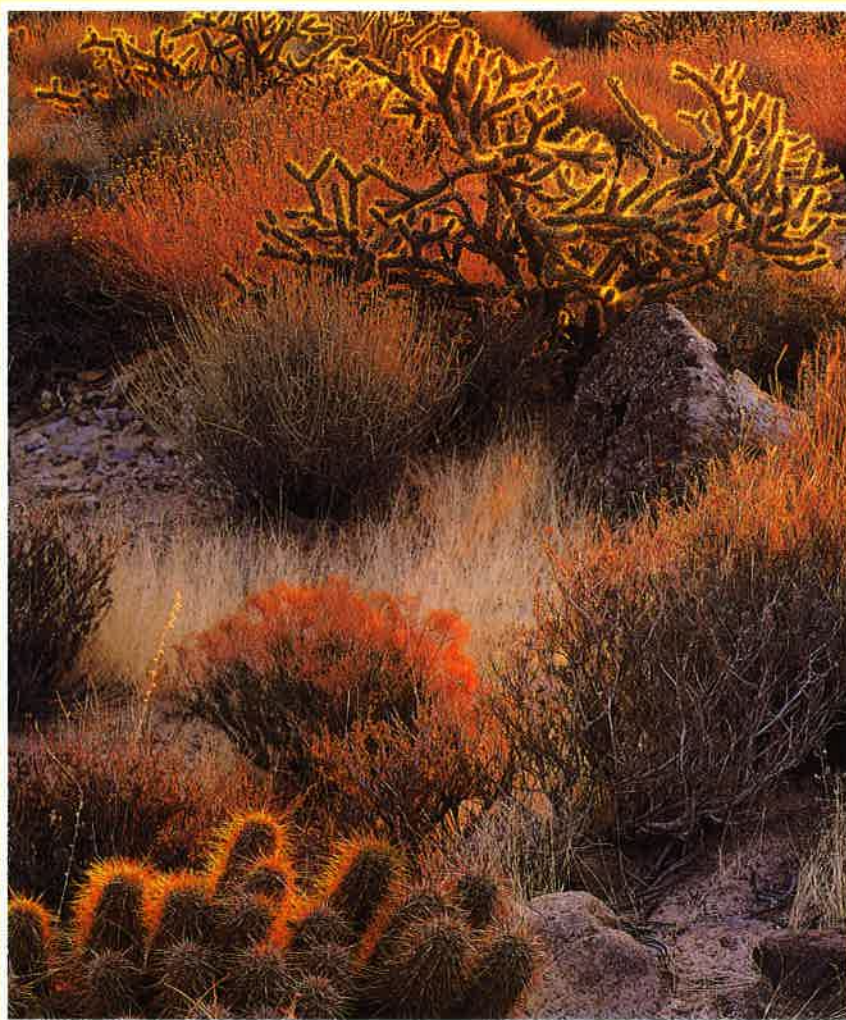
Lo positivo: en esta actitud luchamos ante la oposición y el desengaño, volviendo al ataque con todo ímpetu, sin descansar antes de haber conseguido nuestro lugar en el mundo y haber cumplido nuestra tarea en determinados problemas parciales que habrían quedado olvidados en el conjunto, y al servicio de lo superior. Ejecutar estas tareas con empuje, poniendo en juego la personalidad cabal propia para luchar por las convicciones, como si el propio bienestar y la supervivencia del mundo dependieran del logro de ese preciso detalle, consagrarse a la empresa estando prestos siempre, sin escatimar esfuerzo... era lo que impregnaba a la caballería templaria.

Los árboles frondosos

En un bosque de robles, portentosos troncos sostienen tupidas masas de hojas contra el espacio celeste, y donde ellos faltan, estridentes manchas luminosas alcanzan el suelo; brotan innumerables arbustos e hierbecillas que florecen, revolotean pájaros en torno a sus protectores. El hayedo es una catedral a media

que lleva al reino del espacio. Los árboles reflejan con perfección el curso del año, la relación entre el Sol y la Tierra: el retoñar y la caída de la hoja, los equinoccios y los solsticios; llevan también todo un mundo al reino del tiempo.

Los logros del árbol exceden a los de las demás plantas, pero el árbol ha surgido también de un pequeño germen. Durante el primer año es más pequeño que la mayoría de las hierbas; su tallo es fuerte aunque tie-



luz; troncos largos y estrechos como pilares soportan sucesivas frondas ansiosas de crecer hacia la luz, formando un techo ininterrumpido. Pero no crece otra vida bajo ellas: hay un silencio solemne.

Un solo árbol desarrollado abruma en su grandeza. Desde las profundidades de la tierra eleva poderosas fuerzas y así forja un tronco robusto. Extiende sus ramas queriendo abrazar todo el espacio. Juega con la luz, las sombras, los susurros y los titanes desencadenados del viento. Y en él se apoya todo un mundo de pájaros e insectos

ne escasas hojas; lo poco que ha construido se endurece, preparándose para un largo futuro. Aunque el tiempo sea favorable, no cambia su exterior: en otoño dejará caer sus hojas, pero en varios lugares ocultos ha almacenado unas pocas provisiones, y con las yemas bien abrigadas pasará el frío invernal. No culmina el crecimiento anual en una flor, sino en una yema, que al segundo año desarrollará, sin precipitación, un vástago fuerte y erguido, prolongación del primer crecimiento. Este punto proliferativo, año tras año, va siendo transportado hacia

arriba con un recio empujón. Cada hoja lleva una yema en su axila; muchas permanecen durmiendo, como una reserva de posibilidades de crecimiento —si todas brotasen, el resultado sería una caña—. Y cuando emiten un vástago lateral, lo hacen con una actitud que parece respetuosa para el crecimiento apical, refrenada, y sólo al desaparecer éste se enderezan hacia arriba. En la parte baja de todo árbol ocurre este fenómeno, que se va atenuando hacia arriba, y dentro de una rama, aunque de forma menor, sigue también dominando la yema terminal. Pero hay árboles en que la

regla se interrumpe en una fase temprana: el tronco se divide en varios que tienden todos hacia arriba. Así se estructuran las copas, unas más tupidas, otras menos. Si ocurriera un crecimiento impropio, la sombra debilitaría y acabaría haciendo desaparecer la rama desequilibradora.

En los primeros años, el crecimiento es acelerado, pero una vez ha abarcado cierto espacio, se va frenando. La parte media, la base y las profundidades se van engrosando, reforzando en

la medida en que es necesario para soportar la armoniosa proporción de la estructura aérea. Cada verano una nueva capa envolvente de materia viva se deposita en estado semi-petrificado, convertido en tierra, sobre cada raíz, cada tronco y rama. Hacia fuera se expelen las cortezas espesas, capa muerta que repele las influencias del ambiente, protegiendo los delicados procesos de la capa viva que circunda la madera. En estas masas inertes se abren grietas y hendiduras que se ensanchan más y más, o se descascaran en forma de una corteza lisa. Si la capa viva llega a herirse, aparece una masa, un jarabe espeso que la cerrará y se solidificará en forma de una madera durísima. Las ramas laterales se van hundiendo

en el tronco conforme éste se engrosa; la corteza sufre tensiones, plegamientos y hasta cicatrices en la inserción.

Los árboles con gran floración suelen tener flores pequeñas. La flor manifiesta la idea, la esencia de la planta, pero ella marca el fin del desarrollo —la vitalidad del pétalo es mínima—. El árbol rehúsa manifestarlas, pone énfasis en mantener ocultas sus potencialidades interiores, y se expresa en las yemas, con las cuales podrá proseguir su desarrollo. Sistematización y retención. Dominio de lo vertical,



ayuda por parte de lo periférico. Un tallo vigoroso que otorga mucha estabilidad e independencia a la planta, hojas de tamaño mediano pero en cantidad enorme, llevadas lejos por el ramaje, a la periferia. Ritmo de despliegue y condensación de la materia, pero independiente del curso anual, al que supera por una larga vida. Esto vemos en el árbol frondoso.

La personalidad alcanza la máxima preeminencia en el ser humano con estas características, es un firme sostén para alcanzar una sobresaliente grandeza, y las experiencias deparadas por la vida se asimilan e incorporan a la propia esencia. Elaborando éstas mentalmente logrará

una poderosa autorrealización, constituirá su propia concepción del mundo ordenada y omniabarcante. La influencia sobre el ambiente es vigorosa, y con él mantendrá una continua interacción consciente. Ante todas las dificultades, incluso en condiciones cambiantes y turbulentas, guardará una actitud de reservada mesura antes de revelarse abiertamente, porque raras veces aparece un supremo entusiasmo, una floración radiante que manifieste con perfección su personalidad. En sus acciones va introduciendo la máxima sistematización, construye piedra sobre piedra, con una visión anticipada de la obra planifica a largo plazo, sin dejarse arrastrar fácilmente por emociones súbitas de dirección cambiante; mantiene la tranquilidad en todas las circunstancias y dificultades, conecta con el profundo sentido de las cosas.

En el punto culminante de la vida humana, la madurez adquirida por las mu-



Los árboles frondosos se relacionan con una personalidad fuerte en el ser humano.

chas experiencias, con lo logrado consolidado, la persona se siente centrada en sí misma, puede asumir grandes responsabilidades, y de sus actos, muy personales, cabe esperar que sean expresión perfecta de sus tareas espirituales. Esta actitud aparece prematuramente cuando se juzga todo con serenidad, calma y reserva, como contemplando desde lo alto de la experiencia de la edad madura, valorando con justeza las conexiones con otros aspectos, manteniendo las puertas abiertas a otros cometidos, mayores y menos evidentes.

Pero puede llegarse a un carácter muy frío, inaccesible al prójimo, y no servir al elevado interés colectivo, por emplear toda la energía en fortalecerse, sin colaborar con los demás, paralizando las actividades ajenas con la sombra.

En la organización de una comunidad, de una colaboración humana, es necesario el guía inspirado en una idea abarcante, según un portentoso punto de vista que ve con anticipación el conjunto. En esta actitud está impregnado el que orienta a muchos, que unidos bajo una misma y elevada consigna instauren un orden donde en otras condiciones habría destrucción por fuerzas opuestas.

Las coníferas

Son bosques que protegen y cobijan. Los vientos mueven solemnes las ramas cubiertas de pesada vestimenta, y aun cuando hace mucho frío, siempre reina allí un delicado calor fragante. A estos árboles les basta un poco de sol para sobrellevar largos tiempos de asperezas y tinieblas en las regiones circumpolares. Su color oscuro les permite absorber intensamente la luz, que convierten en calor, en un ardor oscuro que amasan en una materia seca y densa: la resina que impregna su madera y la convierte en muy infamable, la esencia de trementina. No necesitan apenas agua, pues las acículas de sus hojas apenas la evaporan.

En el abeto se aprecia claramente el predominio de la yema terminal: un tronco vertical, largo y erecto como un cirio, vigoroso, independiente, muy resistente. El orden y la sistematización están llevados al extremo de la eterna repetición de lo mismo: con un rigor matemático salen perpendicularmente las ramas del tronco, de dos en dos, siguiendo una espiral nítida, geométrica, con precisión regular, y de ellas salen las hojas aguzadas como tallos, rígidas, sin expansión, lineales, como todos los órganos jóvenes de estas plantas. Señalan un tipo ensimismado, introvertido, determinado por sus propias leyes, sin ninguna juguetona interacción con el ambiente. Los crecimientos veraniegos son tardíos, a fines de mayo las hojas se liberan de su película envolvente y se mantendrán en las ramas tres años antes de caer, e igual ocurre con las piñas, que se abrirán a la tercera primavera. Con ello nos muestran su pasado.

Este tipo se encuentra atenuado en plantas que mantienen sus hojas como el acebo, el rododendro, el brezo; y hay plantas próximas a las coníferas que se apartan, como el tejo, que gusta del agua y no es resinoso, o el alerce, cuyas hojas caen en invierno.

Este tipo vegetal se corresponde con las personas a las que modifican mínimamente las sensaciones, que no se adaptan; admiten poco del mundo, seleccionan las experiencias muy simples y las incorporan, reaccionando sólo a ellas una vez las han convertido en sustancia propia. Captan intensamente las experiencias, y un pensamiento riguroso, esquemático, hasta dogmático, las elaboran mucho, pero no por el intelecto sino que pasan a la memoria, con-

vertidas en recuerdo; sólo entonces otra persona puede relacionarse con esas experiencias, haciéndolas revivir inalteradas, en cualquier momento; entonces surgen con más fuerza cuanto más distantes en el tiempo hayan sucedido. Cuando contemos un proyecto a esta persona, en vez de suscitarle interés, nos recordará sus experiencias propias —primero sale a nuestro encuentro el pasado— y quizá mucho más tarde, cuando hayamos olvidado nuestro proyecto, lo saque de las honduras insondables en que había caído y lo cuente a otros con entusiasmo y seriedad. Para ellas, el pasado es sugestivo y real. Su vida interior es intensa. «Lo que fue válido una vez, ha de seguir siéndolo». Una nueva situación les crea cierto desasosiego y por eso van en contra de las innovaciones, aunque sean necesarias. Son personas con una postura determinada desde dentro, que pretenden autodeterminarse en cualquier circunstancia, actuar siguiendo la di-



Los bosques de coníferas cobijan. En ellos siempre reina un delicado calor fragante.

rección decidida sin claudicaciones, sin desviarse de las convicciones que han fijado. Ello les da una semblanza de reposo, de sosiego, de cierto señorío, pero también parecen adustas y téticas al no ver los gérmenes del futuro, sino sólo lo sujeto a la muerte. Están en conexión estrecha con las energías creadoras antiguas, activas en otros tiempos. Su ardor interior es el postrer fulgor de esas energías.

En la senectud disminuyen las energías y el deseo de intervenir en empresas importantes. Sosiego hacia fuera, recuerdo ardoroso hacia dentro. Aumenta la hondura de la vida íntima, se inicia el tranquilo retorno... Quien vive desde muy temprano con las energías propias de la vejez, no se entusiasma fácilmente con cualquier proyecto nuevo, sino que desde joven vive en sus recuerdos entrañablemente, ofrece el mismo aspecto calmado y severo, y apenas reacciona a los estímulos del momento.

Para conservar tradiciones, mantener inadulterados grandes impulsos espirituales, conectar con el origen de los acontecimientos, es útil situarse en esta actitud, pero si no se poseen auténticos valores, se puede caer en el más hondo pesimismo, en sentirse postergado por la buena suerte

ajena, y caer en la envidia. Lo que una vez fue una vivencia sobresaliente y durante la cual estábamos convencidos de que era un momento cumbre de nuestra existencia (un encuentro con una persona, una experiencia interna, un emprender fogoso de una empresa) puede evocarse con el mismo realismo de entonces. Mirar atrás para sopesar nuestros logros actuales midiéndolos con esos supremos momentos, juzgándolos con severidad y escuchando a la conciencia, nos permitirá mantener una vida elevada y seguir siendo auténticamente nosotros mismos, aun en circunstancias agobiantes. Esta lealtad o fidelidad a nosotros mismos, hemos de completarla teniéndola a la vez hacia lo superior en el prójimo: pensar en el momento en que él se nos presentó como realmente es, conservar, cultivar interiormente aquello que alguna vez reconocimos como verdadero, aun cuando en su conducta ahora reniegue de sí mismo. No hemos de limitarnos a criticársela. Con esta actitud salvaguardamos la conexión con nuestro origen, con lo divino de nuestra procedencia, para dar el siguiente paso al Más Allá.

Conclusión

En la Naturaleza todo se sostiene por sí mismo y se conjuga en armoniosa unidad, pero el ser humano tiene que conquistar el nivel que le es propio, y en colaboración con sus semejantes configurar una totalidad que lo abarque todo, en la que las fuerzas divergentes se compensen unas a otras para que no entren en conflicto. Fuerzas, tipos, actitudes. Cualquier persona deseosa de colaborar encontrará su lugar para desarrollar mejor sus facultades.

Y para lograr esta tarea primero hay que Conocer. ¿Parecen demasiado vagas estas consideraciones? Los ejercicios mentales exigen a menudo buscar la huella correcta, encaminándose valerosamente por senderos desconocidos cuya justificación resulta con frecuencia sólo una vez recorridos. La clasificación septenaria está ligada al tiempo, a la evolución de nuestro sistema solar: Saturno, Júpiter, Marte, Sol, Venus, Mercurio, Luna. Todo tiene una razón de ser. ♦

Alvaro Altés

Este artículo es un extracto y adaptación libre de algunos capítulos del libro de botánica *La metamorfosis* cuyo autor es Fritz H. Julius, y fue traducido por Juan Berlín (Editorial Antroposófica, Cañada 220, Jardines del Pedregal, 01900 México D.F.).